





Mada Valle

DE CAMINO A CASA

Platero
COOLBOOKS 

Título: De camino a casa

Primera edición: septiembre, 2024

© 2024, del texto Mada Valle.

© 2024, de las ilustraciones y portada Cruz Herrera Dorador.

© 2024, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

ISBN: 978-84-10062-64-1

*Para Andrea, mi maestra.
Te amo.*



Agradecimientos

GRACIAS.

A mi familia de sangre. Por aceptarme y apoyar mi locura. Por caminar a mi lado. A Andrés, mi marido, un fiel compañero de viaje.

A todas las personas que, a lo largo de mi vida, me han ayudado a crecer. Amigos del antes y del ahora, gracias por aparecer y seguir aquí. Y gracias por marcharos cuando fue necesario.

A mis compañeros de trabajo, por ser espejo de lo que funciona y de lo que no. Por vuestra entrega y servicio. Os echo de menos.

A los profes y alumnos que han intentado enseñarme este oficio de escribir. Por lo que he aprendido y por todo lo que me queda. A las «Señoras Escritoras» de El Primer Tramo.

A Platero Editorial, por creer en este proyecto y lograr que vea la luz.

A la gente de Damas de Comedia, el teatro donde paso las tardes entre risas, bailes, diálogos y ganas de salir, al fin, a escena.

Al Hogar Jana, por enseñarme a dar y recibir amor. A mis niños, que ya no lo son tanto, por mirarme con esos ojos tan plenos de ternura.

A Vida y Contemplación, mis hermanos de alma, por meditar a mi lado durante tantos años. Y por la cervecita de los jueves.

A MCE, mi nueva y gran familia, la escuela que es Casa. Por acogerme, enseñarme a crecer y amarme. A Betty,

nuestra directora, por ser Ejemplo, siempre. Gracias por sostener la brújula que indica el camino a seguir. A Dani, el capitán del barco, por guiarme si me pierdo. A Reyes, mi maestra, por creer en mí cuando nadie lo hacía y ser mi bastón y mi linterna en este viaje.

A Cruz, hermana de alma, amiga y autora de las ilustraciones. Gracias por tus dibujos. Gracias por tu servicio, compromiso y amor. Te quiero.

A Carmen Pernas, por ayudarme con la traducción al gallego, sin excusas, a pesar de los momentos vividos.

A Silvia, por su aportación argentina.

A Elizondo, que me enseñó a dar los primeros pasos; a Colindres por ser albergue donde descansar y a Burela, el lugar donde curar mis ampollas cuando las botas aprietan.

A la Vida, que a veces empuja, me hace tropezar, lastima y me obliga a seguir hacia delante. Gracias por mostrarme que puedo y debo continuar en el sendero.

Al amor y al miedo, que siempre van de la mano.

Gracias, gracias, gracias.

No se puede encontrar la paz evitando la vida.
—Virginia Woolf

Mi hogar es... mi camino.
—C. McCandless

Yo no soy lo que me sucedió. Yo soy lo que elegí ser.
—Carl Jung

La realidad no existe si no hay imaginación para verla.
—Paul Auster

No hay un camino recto en este mundo. Solo un laberinto gigante de cruces e intersecciones.
—Federico García Lorca

Me falta una verdad, me sobran cien excusas.
—Joaquín Sabina

No saber hacia dónde voy es lo que me inspira a recorrer el camino.
—Rosalía de Castro



PREFACIO

En la presentación de mi primer libro, una biografía novelada que narra los cincuenta años de vida que acumulo —ya se han sumado algunos más—, una mujer del público me preguntó cuándo iba a escribir la segunda parte. Me asombró la cuestión propuesta y bromeé respondiendo que «debería vivir otros tantos antes de tener nada que contar». Me equivoqué.

Hoy estoy aquí, de nuevo, para relatar la historia de mi nieta y seguir desmenuzando la mía. Sí, de momento ella es una persona no nacida. Una brecha en mi imaginación. Un deseo amable.

Madita, hija de Andrea y nieta de Mada Valle, es una joven que habita en el año 2049. Apasionada por la vida, igual que su abuela, decide recorrer un largo camino, desde el pueblo navarro donde yo me crie, Elizondo, hasta Santiago de Compostela. Tiene una promesa que cumplir y cientos de kilómetros por delante. El albergue en el que inicia esta aventura, la casa de la Amatxi, es un lugar importante para mí. Allí crecí, lloré y aprendí a amar. Ella siente mi presencia durante la primera noche, aunque no es la única. Entre sus muros de piedra comienza a soñar y a imaginar lo que aún desconoce. ¿Guardará la casa tantos secretos como aparenta?

He hecho el Camino tres veces. Bueno... ¡Tramos de apenas seis días! Ciertamente, pero lo he saboreado como si de un mes se tratara. Yo viajé acompañada; ella lo inicia en soledad. Creo, porque así lo he vivido, que esta experiencia supone un antes y un después en la vida de cualquier peregrino. En aquellas ocasiones, mientras sufría y disfrutaba por igual, cientos de pensamientos cruzaron por mi mente haciendo que me plantease quimeras impensables, proyectos locos y desafíos que jamás pensé alcanzar. Comencé a querer crecer. Sí. Aprendí a mirar hacia dentro. Confieso que vi aspectos que no me gustaron, pero juré no volver a engañarme a mí misma.

Madita camina y reflexiona sobre las mismas cuestiones durante largas y duras jornadas. Conoce personas increíbles y lugares maravillosos que tallan un hueco en su memoria. Suelta creencias que, como las mías, han dañado su existencia. Aprende. Y vive. Y se equivoca. Y llora. Y ama... como tú.

Escribir esta historia, tras imaginar cómo será el mundo dentro de veinticinco años, es un riesgo que estoy dispuesta a correr. No importa si erro en mis predicciones. Son solo eso y no pretenden nada más. Dibujo el futuro tal y como yo lo imagino. Con respecto a Madita, esa nieta tan parecida y diferente a su abuela, solo espero que te enganche. Que te enamores de ella. Que la entiendas y no la juzgues en demasía.

Hace ya un tiempo que comencé a formarme en una escuela de inteligencia emocional, MCE, donde me están enseñando a amar entre otras muchas cosas. He de señalar que el personaje al que cedo mi nombre no es la mujer que escribe estas líneas. Esa abuela es un reflejo de la Mada en la que me quiero convertir.

Madita, a través de sus palabras, pretende demostrar que sí se puede. Que venimos a crecer, a evolucionar y a aprender. Que la vida es tan solo un juego. «Todo es perfecto tal y

como sucede», señalarían sus maestros y los míos. Aceptar, vivir de forma consciente y agradecer son algunas de las herramientas que ella utilizará durante el camino.

Madita viaja y espera llegar a Casa, a ese hogar íntimo donde poder mostrarse, al centro mismo de su propio Ser.

¿Alguna vez has pensado hacía dónde te diriges? Si lo has hecho, esta historia te atrapará. Sigue mis pasos. La flecha amarilla te mostrará el camino y una pequeña flor de loto hará que tus fuerzas renazcan mientras ilumina el sendero a seguir.

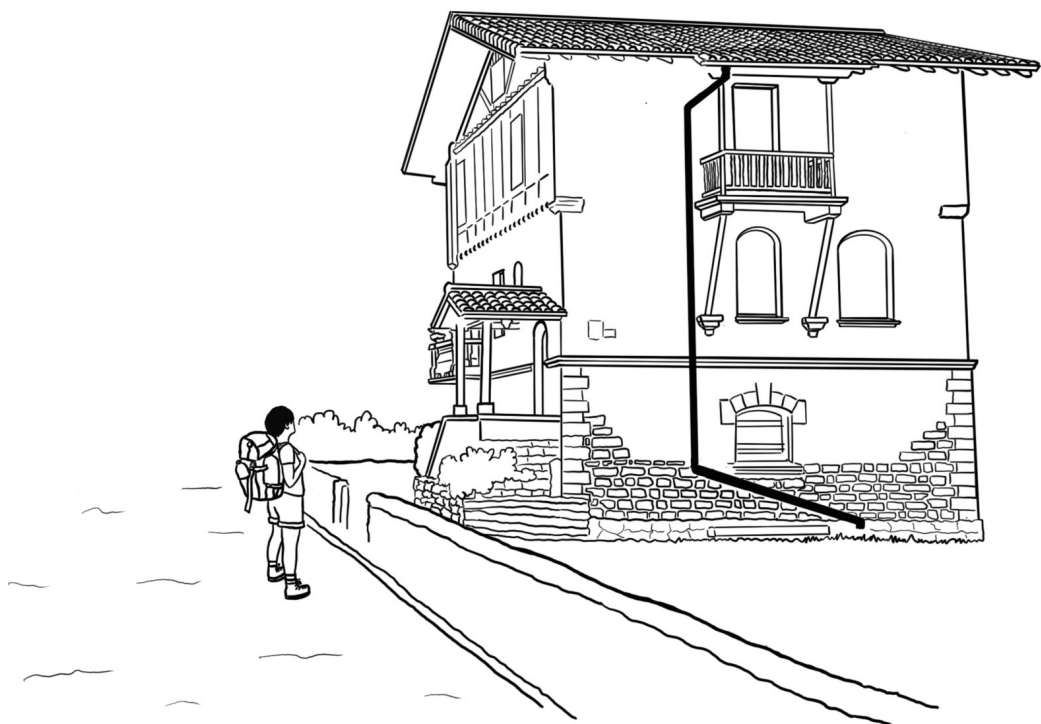
Confía. No temas. No estás solo.

Mada Valle



Índice

Capítulo 1	17
Capítulo 2	27
Capítulo 3	43
Capítulo 4	57
Capítulo 5	73
Capítulo 6	87
Capítulo 7	99
Capítulo 8	109
Capítulo 9	119
Capítulo 10	129
Capítulo 11	141
Capítulo 12	153
Capítulo 13	165
Capítulo 14	177
Capítulo 15	187
Capítulo 16	201
Capítulo 17	213



Capítulo 1

SOLTAR EL CONTROL

Cómo viajar con poco peso en la mochila

12 de junio del 2049

Queridísima abuela,

¡Estoy en Santiago! Como ves, sé cumplir mis promesas. He llegado sola, igual que tú en aquel camino último. Sí, en medio de la multitud, rodeada de peregrinos cansados aunque sonrientes, pero sin nadie que me acompañe en este final que ya es comienzo. Te he llevado conmigo todo el viaje y hoy también estás a mi lado. Sentada en el suelo, frente al Pórtico de la Gloria, con la mochila y los bastones apoyados en la espalda. Secas a besos mis lágrimas y acaricias con suavidad mi pelo. ¡Te siento tan cerca!

«Objetivo cumplido», dirías, «puedes sentirte orgullosa». Y estoy contenta, claro, pero llevo una piedra en el zapato (es una metáfora, abu, de las que tú tanto usabas) que me recuerda que mañana volveré a casa, que la vida sigue, que tengo casi treinta años y... ni idea de lo que voy a hacer a partir de ahora.

Me refiero a esa existencia de la que, a menudo, quiero escapar. Sí, como tú, no te rías. Te veo asentir con la cabeza y esbozar una gran sonrisa en la que se marcan tus hoyuelos. ¡Cuánto nos parecemos! Me has dejado una herencia chungu, abuela Mada, me has enseñado a bucear

en mi interior, pero te has ido antes de darme todas las herramientas. Se han marchado contigo al lugar donde ahora descansas, y por más que imagino tus posibles respuestas, no hallo la definitiva. Por eso estoy aquí. Camino, tropiezo, caigo y me levanto. Sacudo el polvo de mis pantalones y continúo por el siguiente sendero. Si hay una señal amarilla es fácil. Solo tengo que seguirla. Lo malo es la ausencia; al no estar tú, ni las cruces, ni ningún símbolo que muestre la ruta. Es entonces cuando más te echo de menos.

No creo que tuvieses todas las respuestas. No. Es solo que, dijeras lo que dijeras, tus argumentos eran válidos y me enseñaban cuál era la dirección. No la correcta o la única. Ni eras Dios ni pretendías serlo. Pero, al final de tus días, acumulabas tanta experiencia que siempre tenías un ejemplo en el que apoyar tus teorías. ¡Ay, abu, cuánto te extraño!

Voy a entrar en misa.

Voy a rezar una oración, tal y como tú hiciste.

Voy a pedirle al santo que me guíe hacia un puerto seguro.

O que me devuelva la fe que he perdido. No, no hablo de la Iglesia. Ya sabes que no soy mucho de estas cosas. Me refiero a la vida. A volver a creer en mí, en la bondad de la gente, en un mundo sin guerras ni fronteras, en el amor... Ya. Ya me estoy perdiendo otra vez. Pues eso. Que te dejo. Descansa y rememora esta plaza que tantas veces has pisado.

Te quiero feliz, abuela, por eso acepto que te hayas ido.

Tu Madita, la de siempre.

Cierro el archivo en mi iPad, no sin antes guardar todo lo escrito. Tengo la manía de empezar las cosas por el final. ¡Así me va! Aún no he comenzado a caminar y ya me

visualizo en el Obradoiro, en la plaza, con la Compostela en la mano y los deberes hechos. ¡Seré ilusa! Todavía estoy sentada en el avión Sevilla-Pamplona y con el billete del bus que me llevará a Elizondo descargado en el móvil. Llego a las doce. No he reservado ningún alojamiento. Si he de soltar el control, primera asignatura que debo aprobar, voy a intentarlo desde el principio.

La necesidad de tenerlo todo estudiado, dispuesto, planificado... me persigue desde la infancia. Fui una niña buena, responsable e incapaz de ninguna travesura. Por supuesto, nada que ver con mi antecesora. Crecí así, organicé mi vida sin dejar ningún fleco suelto y, de esa manera, me hice adulta. Cuando me di cuenta, tenía delante a una gran profesional, una hija atenta, una amiga fiel, pero... no era yo. Un día empecé a sospecharlo. Me cubrían tantas máscaras que ya no sabía qué papel interpretar ni cómo dejar de hacerlo.

Aquel descubrimiento fue el primero de muchos. Llegaron poco a poco, al socavar mis certezas y mi estabilidad emocional. Cuanto más indagaba, menos me gustaba el personaje. Sí, me había convertido en una actriz que jamás abandonaba el escenario ni se quitaba el maquillaje que cubría su rostro. Una caricatura que simulaba ser fuerte, alegre, valiente... pero no feliz. Creo que hubo un antes y un después que lo cambió todo. La muerte me habló alto y claro. Y aquí estoy ahora. Dispuesta a quitarme todas esas caretas, a quemarlas y a esparcir las cenizas.

He pensado en soltar carga durante el camino. En cada etapa. Deshacerme de lo superfluo y así viajar más ligera. Eso decía ella. Sobre todo al final. Cuando veía ya la puerta entreabierta. La que traspasaría por última vez. La abuela me alentaba siempre a fluir, a relajarme, a confiar, a... Defendía, con ansia, que el universo sabe lo que nos toca vivir. Que lo que sucede es lo que tiene que suceder. Que, de manera inconsciente, somos correspondientes con ello. ¡Así

de sencillo! Empecé a creer en sus palabras tras su muerte. Supongo que tuvo que irse para demostrarme que sus teorías podían ser ciertas. Y ahora solo son recuerdos, frases anotadas en cualquiera de sus libros y cuadernos, mensajes encriptados —como la carta que llevo en mi mochila— que espero resolver pronto.

Ya lo he adelantado. Mi camino no empieza en Roncesvalles, ni en Saint Jean Pied de Port, ni en Sarria, ni en O Cebreiro. Comienza en un pequeño pueblo navarro, en el corazón del Valle del Baztán, Elizondo, un lugar tan desconocido para mí como amado para mi abuela.

Se llamaba igual que yo, Magdalena, aunque a mí me conocen por Madita, diminutivo de Mada, su «nombre artístico». Pues eso. Ella vivió en esta población desde su nacimiento hasta los once años. Guardaba en su memoria tantas imágenes de este lugar que casi podría pasear por sus calles sin perderme. Siempre quiso volver, pero le fallaron los cálculos. Al principio, de joven, no se atrevió y, cuando por fin encontró fuerzas para hacerlo, un cáncer detuvo sus pasos. Más tarde lo volvió a intentar, aunque nunca halló el momento adecuado. Ya en su lecho, durante las últimas semanas antes de regresar a casa —le encantaba usar esta expresión para referirse a la muerte—, fui a visitarla cada tarde. Intenté que me contara todas aquellas historias que habían acontecido durante sus casi ochenta años de vida. Grabé con mi móvil su voz, aunque no permitió el video. Era coqueta y no se veía atractiva como para posar ante la cámara. Me regaló conversaciones infinitas donde se desnudó sin pudor. ¡Mucho más de lo que ya había hecho en su primer libro!

La abuela se definió durante un largo tiempo —a través de la biografía que se atrevió a escribir— con tres palabras muy potentes: libre, feliz y amorosa. Lo fue. Estoy segura. Sobre todo, a partir de los cincuenta. Siempre subrayaba esa fecha como el punto de inflexión de una vida en la que

no habían faltado ingredientes de todos los sabores. En esa época comenzó a escribir. Y a hacer teatro. Y conoció a su otra gran familia: la de la Escuela de Inteligencia Emocional —MCE—, a la que permaneció unida hasta su marcha. Los años, en vez de restarle energía, funcionaban como una palanca tenaz que la impulsaba ante todo lo que se proponía. Si hasta se fue un verano a África, con una ONG, para colaborar en una pequeña aldea de Senegal acompañada de unos cuantos amigos...

Pero quiero hablar de Elizondo, el lugar donde creció. Traigo en la memoria de mi iPad un montón de fotos escaneadas donde ella posa junto a sus amigas de la infancia. En el cole, junto al río Bidasoa, en la plaza, y bajo las escaleras de la casa de la Amatxi. Ahí, justo en esa casa, es donde voy a quedarme a dormir. No sé cómo voy a conseguirlo, pero algo me dice que ese lugar me espera. Quizá no a mí, tal vez la invitada sea ella, pero...

El avión ha aterrizado a la hora prevista y estoy en el autobús. Va casi vacío. La gente, ahora, no usa este tipo de transporte. Es lento y prosaico, pero no me importa. Me regala un silencio mágico que aprovecho y disfruto. No debería anticipar nada, pero la costumbre es una consejera nefasta. Ya me imagino en sus calles; escucho el acento de la gente, siento el frío en la piel y aspiro el olor de la comida y el vino que pretendo disfrutar en cuanto pueda. ¡Mmm, qué hambre!

Al llegar a mi destino, tomo aire con fuerza y lo suelto muy despacio. Hace mucho que no viajo y nunca lo he hecho sola. La sensación es agradable y extraña al mismo tiempo. Me pregunto qué sentiría ella, la protagonista de mis sueños más queridos. Me respondo enseguida: estaría feliz. Y entusiasmada. Y agradecida por haber logrado su objetivo. Recompongo la mirada y trago saliva para perfilar mi mejor sonrisa. Con ella, dirijo mis pasos hacia el primer lugareño que encuentro, después de decidir que la *app* que

he consultado debe haberse olvidado de mí —la red 7G de mi *smartphone* ha decidido no caminar a mi lado—. Mejor. Ella se lo pierde.

—Buenos días. ¿Podría ayudarme? Busco esta casa. — Le muestro en mi móvil una imagen en 3D y espero—. La calle se llama Akullegui, pero no conozco el número.

—*Bai*. Esta es. Akullegui, claro. Y la casa... allí. Cerca, pues.

—Muchas gracias. ¿Sabe si...?

El hombre me da la espalda y continúa su paseo. Bueno, ya me han dicho que los navarros son parcos en palabras. *No problem!* Cargo mi mochila de nuevo y camino a paso lento los escasos metros que me separan de la puerta principal. Por fin la tengo delante. Aquella casona de la que hablaba Mada Valle en sus relatos, con sus balcones elegantes y sus geranios en flor, con las ventanas rojas y ese porte tan señorial. Parece cerrada. Espero equivocarme. Me encantaría que este fuese mi primer albergue.

La causalidad me ayuda y unos niños que juegan en la calle —¿cuánto hace que no veo esta escena?— me indican que me acerque al bar Labayen, que allí tienen las llaves. En el local, tan antiguo como los recuerdos de mi abuela, me confirman la buena nueva. Se alquilan habitaciones, aunque es temporada baja y no hay nadie. Aún refresca y los peregrinos prefieren los meses de verano para recorrer el Camino Baztanés. Me dan todo tipo de explicaciones y, antes de que pueda cambiar de idea, una chiquilla pecosa, que responde al nombre de Itzíar, camina delante de mí con paso militar y abre la puerta principal tras un rápido golpe de llave. Un chirrido largo y desagradable nos da la bienvenida. Huele a viejo, a madera y a naftalina. A soledad. Me envalentono y entro. Mi joven anfitriona se larga sin que le diga si me gusta el sitio. Supongo que no tengo elección. La abuela, sus historias y mis pasos de peregrina novata han decidido por mí. Ahora solo me queda instalarme y salir a

disfrutar del pueblo.

Ya ha oscurecido y todavía sigo en la calle. Después de devorar un plato que debería estar en la carta de los mejores restaurantes —huevos con patatas fritas y chistorra—, paseo mientras intento guardar cada instante en mi retina. Elizondo es una postal antigua. Me resulta tan acogedor que improviso, sin pensarlo mucho, y opto por quedarme otro día más. No tengo prisa y la ocasión lo merece.

Me he presentado en un par de comercios de los de toda la vida, la carnicería Esarte y la librería Nafarpress, y les he contado por qué me encuentro aquí. Lo de mi antecesora y todo eso. Los descendientes de los primeros dueños han escuchado mi discurso con amabilidad y se han sorprendido mucho. Me despiden con el saludo típico de los peregrinos. Este primer «buen camino» sabe mejor que el chocolate con almendras que compro en Malcorra, la pastelería de la que siempre hablaba ella. Paladeo este manjar pecaminoso mientras recorro las calles que me llevan de vuelta, bordeo el río y me pregunto qué me deparará esta aventura que hoy comienza. Al instante, borro la cuestión de mi mente. ¡Qué más da!

Recuerdo mi propósito inicial. El control. Soltar. Dejar-me llevar. Inhalo, cojo todo el aire que puedo y exhalo, para abandonar aquí, en las calles empedradas y húmedas, esa necesidad que me persigue. Por eso decido ampliar la visita. Para demostrarme que puedo variar los planes. Que no se acaba el mundo por cambiar de idea. Que eso es confiar. Y fluir. Y hacer lo que a una le da la gana. «Por lo menos aquí, en este lugar remoto donde fuiste feliz, abuela, durmiendo en la casa que te vio crecer».

Al entrar en esta, el frío recorre mi espina dorsal y logra estremecer todo mi cuerpo. La domótica no ha alcanzado todavía estos parajes y, yo, solita, busco a tientas el interruptor de la luz. Enciendo un antiguo radiador eléctrico para espantar el aire gélido que gobierna las paredes que me

rodean. Disfruto de una ducha que enrojece mi piel y me acuesto en la cama más alta que he visto en la vida. ¡Tengo que saltar para subirme a ella! Recupero a la niña que fui y comienzo a botar sobre el colchón, riendo sin parar, feliz. Segundos después, caigo agotada. He entrado en calor y el sueño se ha colado entre las sábanas. Me duermo enseguida, como un bebé satisfecho en los brazos de su madre.

Esta noche sueño en sepia; con ancianas que recogen huevos en el gallinero, niños en bicicleta, madres asomadas al balcón, un perro escuálido adormilado a la sombra, una carta que espera a su destinatario...

El amanecer me sorprende despierta. Decido recorrer las habitaciones mientras imagino una escena donde la abuela juega con su muñeca, come galletas de mantequilla y escucha las historias que la Amatxi le cuenta. Cuando llego a la buhardilla, una fuerza, tan poderosa como un imán, tira de mis piernas para que suba los escalones y abra la puerta. ¡Nunca he visto nada parecido! Es como una peli antigua: cajas, muebles, ropa, juguetes, espejos, jarrones, mantas, cacharros de cocina, libros y maletas. Todo desordenado y cubierto de un polvo que me hace estornudar, pero no apacigua mi mente. Revuelvo entre los enseres, buscando sin saber muy bien qué, y hallo un baúl que atrapa mi atención. En su interior descubro decenas de álbumes de fotos. Me siento en el suelo, abrigo mi espalda con un chal que descansa olvidado en una mecedora y me sumerjo en el pasado. No sé cuántas horas transcurren hasta que el hambre sacude mis tripas. Decido entonces que ya es suficiente. En ese momento, una foto en blanco y negro llama mi atención. Una mujer aún joven, aunque vestida de luto, posa delante de la casa. Una niña agarra su mano. Parece triste. También se ve un coche cargado de maletas y una pareja con dos niños a su lado. Le doy la vuelta a la fotografía e intento ver la fecha. Está casi borrada pero mis ojos creen vislumbrar un uno, un nueve, un ocho y un cero.

¡Joder! ¡Es ella! Estoy segura. Narró ese episodio, con emoción contenida, cientos de veces. Cuando se marcharon, en el 1980, con tan solo once años. Cuando sus padres decidieron emigrar a Galicia. Cuando vio por última vez a la Amatxi, a esa abuela que no lo era de sangre, a la anciana joven que consolaba su llanto con caramelos tiernos y abrazos de fresa. He visto sus fotos infantiles mil veces y es la misma. Con la falda gris por encima de las rodillas, el pelo negro brillante y la cara regordeta. Con los mismos hoyuelos que yo luzco hoy en la mía. Las lágrimas amenazan con desbordar mis ojos, pero logro contenerlas.

Me habla. Allí donde ahora habita, me señala el camino. Juró que estaría siempre a mi lado y, al parecer, quiere cumplir su promesa. No resisto la tentación de robar el tesoro encontrado. «Me pertenece», me digo, para no caer en la duda. Le busco un sitio privilegiado en mi mochila a salvo de la humedad y sonrío satisfecha. ¡Me siento un poco ladrona! «Has soltado el control, Madita, eso sí es cierto».

Aprovecho el día para turistear. A ella le encantaba hacerlo. Perderse por cualquier calle sin otro interés más que observar, charlar con la gente, sentarse al sol en un banco... Aseguraba que era lo que más le gustaba del mundo. Yo corregía, con paciencia, el término que ella acuñó y alegaba que no existía tal verbo. Después supe que sí, que no lo había parido la abuela, pero nunca se lo confesé. Siguió usándolo. Hasta el último día, cuando se despidió mientras me obligaba a prometer que pronto comenzaría también a turistear.

Lo primero que visito es su antiguo colegio, El Pilar, hoy convertido en guardería. Mucho más tarde, relleno mi botella de agua en Fuentehermosa, el hontanar de piedra donde jugaba de niña y, como un capricho del cielo, remato el día en una panadería cuya dueña la recuerda. Se llama Elena.

—Fuimos juntas a las monjas. Nunca volví a verla. Ella me encontró en Facebook. Y wasapeamos muchas veces... Hasta que desapareció. La red social, digo. —Con cada frase

hace un descanso. Como si tuviese que ir a algún lugar lejano a rebuscar entre los recuerdos.

—Me habló de usted y de otras amigas más. Siempre soñó con volver, pero al final...

—Ya se han ido la mayoría. —No hay pena ni dolor en su rostro—. En cuanto yo llegue, la busco. Te lo prometo. ¡Nunca olvido una cara!

Me derrito con ese último comentario y deposito un beso en su mejilla marchita. Su hija, que la ha escuchado, le ruega que no diga más tonterías. Se excusa y señala que siempre ha tenido ideas raras sobre la muerte. ¡Ya sé por qué eran amigas!

El día se despide y me anima a hacer lo propio. Mañana debo partir temprano. Me espera una jornada difícil. Voy a visitar el monte Otxondo. El lugar en el que la familia pasaba los domingos, en primavera, comiendo filetes empanados y tortilla de patata. Y el pueblo francés, Dantxarinea, donde iban a comprar galletas de mantequilla y alguna que otra chuchería. Mi primera etapa como peregrina ya está aquí.

Abuela, ¿estás preparada? Pues vamos.





Capítulo 2

ZONA DE CONFORT

Hotel vs albergue

¡Hola, abu!

Ahora sí. Es un hecho. Ya te puedo contar que he comenzado el Camino. Una etapa durísima, por cierto, pero al fin he llegado a mi primer destino. Dantxarinea es como contabas... ¡Vaya si lo es!

Creo que, antes de seguir, debería explicarte por qué hago esto. No es solo por la promesa. Sí, ya sé que hay que cumplirlas. Aquí estoy. No empieces a protestar antes de tiempo.

Te decía que este viaje es algo más que unas vacaciones tan merecidas como esperadas. He currado sin parar desde que te marchaste. Me he escondido de la realidad, en modo huida, sin aceptar lo inevitable. A pesar de todos tus consejos, me he encerrado aún más en mi apartamento y no he dejado que nadie consuele mi dolor.

Ya sabes cómo soy: demasiado orgullosa, demasiado independiente, demasiado... todo. Hace meses que no salgo de mi zona de confort ni siquiera para observar, desde lejos, lo que hay al otro lado del muro. Sí. Tras esa pared que levanto cada vez más alta y con menos vistas al exterior.

Dani, mi... —supongo que recuerdas quién es Dani— dice que tengo miedo. Tú también lo asegurabas.

Yo rechacé vuestra opinión hasta que mi existencia se vio asolada. Y no, no fue un tornado de esos que ahora abundan a causa del aumento de las temperaturas. Fue tu partida, abuela, tu marcha y mi soledad. La conjunción de ambas premisas detonó el interruptor de mi alma. Al de mi cabeza... le ha costado un poco más asimilar la verdad. Pero, reconocido esto, la razón de mi viaje ya no es una incógnita.

Busco. Sigo husmeando, fuera y dentro, a la espera de hallar respuestas.

También está lo del propósito de vida. Deseo que, durante estos días de marcha en solitario, mi ego se haya quedado en Sevilla y solo mi auténtico ser recorra estos caminos. Y me hable. Y me cuente cuál es esa meta, ese fin último para el que he venido en esta ocasión.

Tú lo supiste con cincuenta años. Yo necesito adivinarlo ya. El tuyo era la calma, la serenidad, la paz interior. El mío... ¡Quién sabe!

En estos tiempos que vivo, preguntarse estas cosas ya no es algo tan insólito. Hay mucha gente como tú, y como yo, y como todas esas personas de las que tanto me hablabas. Tus compañeros, en aquel viaje de crecimiento que iniciaste un día para no detenerte jamás. Si cierro los ojos veo las fotos del gran grupo que formabais, de aquella hermosa familia a la que tanto querías. ¡Uf!, ya me he puesto melancólica.

Escribo estas cartas y sé que las leerás. Estés donde estés. Y que apoyas mi decisión de marcharme y dejar atrás todo lo que me estorba. Y que me animas a equilibrar la balanza. «Basta de procrastinar, niña», sentenciabas cuando yo buscaba excusas para no tomar acción. Así que en eso estoy.

Este viaje es solo de ida. Lo recorreré, a cada paso, con la mayor consciencia posible.

Ya te contaré. ¡Ah!, se me olvidaba. Llevo tu vieja